

fesion, de dar oídos á tu flojedad, á tu amor propio, á tu delicadeza. Considerate á los pies del confesor, como á los pies de Jesucristo. El es tu médico: no te toca á tí recetar los remedios. El es tu juez: no te toca á tí dar la sentencia en tu causa. ¿Qué señal de dolor son esas puntillosas dificultades, esas vanas excusas? Acepta con humildad y con sumision las penitencias, que te fueren impuestas. ¡Qué proporcion hay, buen Dios, entre la pena y la culpa! Pero si te juzgas obligado á representar alguna cosa, hazlo con tanto rendimiento, con tanta indiferencia, que aun en eso mismo se deje conocer puede mas en tí la religion, que la razon y aun la necesidad.

2 No te has de persuadir á que la penitencia que te impone el confesor te excusa de hacer otra penitencia. Aquella solo es como prenda de ésta; porque toda la vida del cristiano, especialmente del pecador, debe abundar en frutos de penitencia. Si no todos pueden macerarse con largas abstinencias, ó con otras rigurosas penitencias exteriores, á lo menos todos pueden mortificarse. Hay muchas especies de frutos de penitencia. Apenas hay cosa que no te ofrezca ocasion de mortificar tus inclinaciones naturales. Los humores, el genio, las mismas pasiones, hasta el mismo amor propio pueden contribuir á esta dichosa fertilidad. No hay tiempo, no hay lugar que no pueda dar ejercicio á la paciencia. ¿Tienes gran gana de ver ó de hablar en ciertas ocasiones? ¡Qué cosa tan bella bajar entonces los ojos y callar! Un dicho agudo, una zumba discreta pudiera acreditarte mucho en una conversacion; pero tambien puede ser materia de un bello sacrificio. Los verdaderos frutos de la penitencia son la conversion del corazon y reformation de las costumbres: con que debes hacer, que se conozcan estos frutos en tu modestia, en tu circunspeccion, en toda tu conducta. Donde no hay reforma, ni hay conversion, ni hay frutos de penitencia.

DIA XVI.

MARTIROLOGIO.

EL TRÁNSITO DE SAN ONESIMO, de quien escribió el Apóstol S. Pablo á Filemon, y despues de S. Timoteo consagró el mismo Apóstol obispo de Efeso, encomendándole la predicacion del Evangelio. Lleváronlo preso á Roma, en donde murió apedreado por la fe de Cristo; su cuerpo le enterraron en esta ciudad, y despues lo trasladaron á la ciudad donde habia sido obispo.

LA TRASLACION DE SANTA JULIANA, virgen y mártir, en Cumes de



S. JULIAN
Y COMPAÑEROS MRS.

Campaña, la cual en tiempo del emperador Maximiano fué primeramente atormentada en Nicomedia por su padre llamado Africano; y despues el gobernador Evilasio, con quien ella no se quiso casar, la atormentó tambien con diversos tormentos, y luego la encerró en una cárcel, donde combatió visiblemente con el demonio. Finalmente, habiendo salido viva de una hoguera, y de una caldera hirviendo, la degollaron y consumó así el martirio. (*Véase su vida en las de este dia.*)

SAN JULIAN, mártir, con otros cinco mil, en Egipto. (*Véase su historia en las de este dia.*)

LOS SANTOS MÁRTIRES DE EGIPTO, ELÍAS, JEREMÍAS, ISAÍAS, SAMUEL, Y DANIEL, en Cesarea de Palestina: los cuales habiendo servido voluntariamente á los santos confesores sentenciados á las minas de Cilicia; á su vuelta los prendieron por orden del presidente Firmiliano, fueron cruelmente atormentados, y por último les cortaron la cabeza. Aconteció esto en tiempo del emperador Galerio Maximiano. Despues de estos, S. PORFIRIO, criado de S. PÁNFILO, mártir, y S. SELEUCO de Capadocia; habiendo antes salido vencedores de muchos tormentos, martirizados de nuevo, alcanzaron la corona del martirio el uno quemado y el otro degollado.

SAN GREGORIO X, placentino, en Arezo de Toscana, el cual de arcediano de Lieja, promovido al sumo pontificado, celebró el Concilio segundo de Leon de Francia, y habiendo admitido á los Griegos al gremio de la Iglesia, y compuesto las desavenencias suscitadas entre los cristianos, y entablado la conquista de la Tierra Santa, gobernó santamente la Iglesia.

SAN FAUSTINO, obispo y confesor, en Brescia.

SAN JULIAN, Y CINCO MIL COMPAÑEROS MÁRTIRES.

EN este dia hace conmemoracion el martirologio romano de S. Julian, y cinco mil compañeros mártires, sin especificarnos los géneros de tormentos que padecieron. Baronio escribe, que fué Julian obispo de Alejandria, elevado á aquella cátedra en el año de 180, primero del emperador Commodo; y Eusebio afirma, que fué jefe de un considerable número de mártires; pero segun nos instruyen los menologios griegos, en la cruel persecucion que suscitaron contra la Iglesia los emperadores Diocleciano y Maximiano, en la que, por decirlo así, corrian por el Oriente arroyos de la sangre inocente de los cristianos, que derramaba el furor de los gentiles, fué tal la carnicería que hizo en ellos Marciano, presidente de Egipto, hombre bárbaro, é inhumano, inconciliable enemigo de los cristianos, cuyo nombre, y religion solicitaba extinguir, que por temor de tempestad tan deshecha se refugió S. Julian con gran número de fieles de su rebaño, y otros muchos obispos, y sa-

cerdotes al grande monasterio de Andrinópolis, discurriendo estar seguros en aquel retiro; pero sabiendo los paganos la concurrencia de los fieles á aquel asilo, acometieron con indecible saña al monasterio. Animado Julian de aquel valor, y espíritu que constituye el carácter de los jefes apostólicos, saliendo á ellos, se declaró defensor de la santa comitiva; hizoles cargo de la injusticia con que se perseguia la inocencia de los cristianos; reconvínoles sobre el sacrilegio que cometian en el insulto de aquel sagrado lugar, y no omitió medio ni espresion alguna que pudiera contribuir á manifestarles el ningun motivo que tenían para proceder con semejantes violencias contra los que resistian los decretos infundados de los principes del mundo, opuestos diametralmente á los preceptos del Dios verdadero, criador del cielo y tierra, dirigidos á que prestasen los hombres adoraciones sacrílegas á los demonios, deidades quiméricas, representadas en los simulacros de los ídolos. No cabe en ponderacion las diferentes clases de tormentos, de que se valieron los gentiles para rendir la fortaleza de aquel héroe, que sin temor de sus tiranías se presentó á rostro firme á impugnar sus delirios, perseverando en la defensa de la religion de Jesucristo con el mismo valor y brio, que principió su combate, hasta los últimos alientos de su vida. Por lo que enfurecidos los paganos, dieron muerte á cinco mil personas, que se hallaban en su compañía, las cuales se mantuvieron constantes en la fe, siguiendo el ejemplo de su caudillo. S. Juan Crisóstomo escribe un elogio muy singular de S. Julian en la homilia, que tradujo en latin del idioma griego Frontono Duceo en el tomo 3.º de sus obras. Cuya noticia debe tenerse presente para no confundir á este Santo, como algunos escritores lo ejecutan, con S. Julian, esposo de Sta. Basilisa, de quien hace memoria el martirologio romano en el dia 9 de enero.

SANTA JULIANA, VÍRGEN Y MÁRTIR.

HACIA el fin del tercer siglo, durante la cruel persecucion de Maximiano, un senador jóven, llamado Eluzo, pretendió casarse con una doncella de Nicomedia, por nombre Juliana, ilustre por su nacimiento, pero mucho mas ilustre por su mérito personal, y por sus singulares prendas.

El padre de Juliana era gentil, y uno de los mas ardientes perseguidores de los cristianos que habia en Nicomedia. La madre, naturalmente enemiga de las supersticiones, ninguna religion profesaba. La hija mas prudente, y mas entendida que



STA. JULIANA V. Y M.

los padres, no hallando en la idolatria cosa alguna que no chocase á una razon sana y despejada, se habia instruido secretamente en nuestra religion y era cristiana; pero no contenta con esto, desengañada de la vanidad, y de las falsas brillantes del mundo habia resuelto de no tener jamás otro esposo que á Jesucristo, ni aspirar á otros bienes, ni á otras honras que á las del cielo.

En esta resolucion estaba cuando sus padres, creyendo que no podia ofrecérsela partido mas ventajoso, la prometieron á Eluzo. Quedó estrañamente sorprendida, cuando oyó de boca de su mismo padre, que todo estaba ya concluido, y que aquel mismo dia habia de venir á visitarla el que estaba destinado para esposo suyo.

Alentada interiormente con una nueva gracia sobrenatural, y encendida en mayor deseo de ser fiel á Jesucristo, recibió á Eluzo con mucha cortesania; pero con mucha mayor modestia. Mas como solo buscaba algun arbitrio para salir bien del empeño en que la habian puesto, sin consultar su inclinacion, ni su gusto, le dió á entender, que no podria consentir en aquella boda mientras no le viese juez, y prefecto de la ciudad.

Parecióla este medio tanto mas feliz, quanto era mas plausible; y no se hacia verisimil que Eluzo pudiese obtener jamás este empleo. Pero como, no obstante sus pocos años, el emperador le estimaba mucho, y su pasion por Juliana era estrema, fácilmente consiguió á fuerza de empeños y de dinero el cargo que pretendia, aunque era el supremo en la judicatura. Tomó posesion de él, y despues de haber asistido á algunas audiencias, envió un recado cortesano á Juliana, ofreciendo á su disposicion la prefectura.

No pudiendo ya disimular mas nuestra Santa, le envió á decir: *que celebraba mucho verle colocado en un empleo de tanta honra, pero que todavía le faltaba dar otro paso, sin el cual seria tan grande la desproporcion entre los dos, que no podian prometerse ni gusto, ni felicidad. Que era menester se hiciese cristiano, como ella lo era, y que renunciando la supersticion de los gentiles, abrazase una religion, fuera de la cual no hay dicha, ni salvacion.*

Fácilmente se puede discurrir, que sorprendido quedaria el nuevo prefecto al oír este no esperado mensaje. Sin perder tiempo, partió al punto en busca del padre de Juliana, y le dió cuenta de lo que su hija le habia respondido. Arrebatado éste de cólera, respondió al prefecto con voz desentonada, y

arrojando centellas por los ojos: *Pues yo te juro, que si es verdad lo que me acabas de decir, yo mismo he de ser el fiscal de mi mala hija, y tú has de ser el juez.* Diciendo, y haciendo, le volvió las espaldas lleno de furor; entró en el cuarto de Juliana, y disimulando su enojo, la dijo en tono de padre, pero de padre admirado y aturdido: *¿Qué es esto, hija? ¿Acaso has perdido el juicio? ¿Ignoras por ventura, cuanta honra es ser mi-
jer del prefecto de Nicomedia?*

Bien sé, señor (respondió la Santa), que para la vanidad de una mujer no puede haber mayor atractivo que ser la primera dama de la ciudad. Sé también, que el señor Eluzo es un caballero de grandes prendas, de conocido mérito; pero no es cristiano, y sin esta ilustre cualidad todas las demás las estimo en nada. Abandonado el padre á su furor al oír estas palabras, exclamó lleno de saña: *Pues yo te juro por los dioses Apolo y Diana, que si prosigues en hablar de esa manera, yo mismo iré á ponerte entre las garras de las fieras, porque mas quiero verte despedazada, y convertida en pasto de leones, que verte cristiana.*

Hareis, señor, lo que fuere de vuestro agrado, respondió la Santa; pero el respeto que os profeso, y el cariño con que os amo, como á mi querido padre, nunca podrán hacerme desobediente á mi Dios. Vos, si gustais, podreis esponerme á los tigres, y á los leones, podreis hacer que me quemén viva en una hoguera; pero yo soy cristiana, y toda mi dicha, y toda mi gloria la tengo colocada en vivir, y en morir por Jesucristo.

Movido, ó á lo menos suavizado el padre de Juliana al oír unas palabras tan prudentes, y tan respetuosas, mudando de tono, la dijo con lágrimas en los ojos: *Ruégote, hija mía, que echés de tí un capricho tan insensato, que solo puede ser efecto de algun maligno hechizo. No quieras perder la fortuna que se te entra por las puertas: mira que hay yerros que no se pueden enmendar, cuyo arrepentimiento es eterno, y sin remedio. En suma, yo te tengo ya concedida al prefecto; ya no es tiempo de deliberar; está empeñada mi palabra, y es menester que te cases con él.*

Parece, padre y señor, replicó la generosa doncella, parece que no acerté á esplicarme bien, puesto que todavía esperais que yo soy capaz de mudarme. Ya os tengo declarado, que no hay tormento alguno que me haga titubear en la fe, ni en la perseverancia. Vuelvo á decir que soy cristiana, y que ninguna cosa del mundo podrá hacerme perder esta ilustre cualidad.

Ofendido, é irritado el padre al oír una determinación tan

resuelta, pasó de colérico á furioso, y perdiendo todo sentimiento de humanidad, trató con bárbara crueldad á la santa hija. Hubiera espirado entre sus manos á violencia de una espesa lluvia de palos, que descargó sobre ella, si no se la hubieran arrancado de entre las garras; pero con la espresa condicion de que judicialmente seria entregada al prefecto, para que la juzgase, y sentenciase segun los edictos de los emperadores tocantes á la religion.

Al verla comparecer el prefecto en su tribunal toda acardenalada, toda abollada por los crueles golpes que habia recibido, sintió que se volvía á encender el fuego de su pasión; y olvidado de que era juez, acordándose solo de que era amante, la dijo entre tierno y compadecido: *¿Qué encantos, señora, qué hechizos pueden haber inducido á una dama de vuestra calidad, y de vuestro mérito á impresionaros en las extravagancias ridiculas de los cristianos? ¿Ignorais por ventura las desdichas, en que os precipitaria vuestra terquedad, si no deponéis cuanto antes esas vanisimas ideas? Pero sin entrar por ahora en materia de religion, ¿os habeis olvidado, Juliana, de la esperanza que me hicisteis concebir, y de los pasos que me obligasteis á dar? Deseabais verme colocado en empleo mas distinguido que el de mero senador; ya me veis aquí prefecto. ¿Por qué deméritos he incurrido vuestra indignacion, desde que me veo en esta primera plaza? Creedme, señora, creedme, mudad de parecer, sacrificad á los dioses, y poniendo en seguridad vuestra vida, y vuestra honra, sed como podeis la primera señora de Nicomedia.*

A quien tiene la dicha de ser cristiana, replicó la Santa, hacen muy poca impresion todos esos vanos honores. No suspiraba mi corazon por vuestro cargo, sino por vuestra salvacion. Deseaba apasionadamente veros renunciar el culto de esas quiméricas divinidades; y si es que te debo todavia alguna inclinacion, no adores mas que al verdadero Dios, haciéndote cristiano.

No dejó de hacer alguna fuerza á Eluzo la súplica de Juliana, y se traslucian bien, así por el aire, como por lo trémulo de la voz, las dudas que le agitaban. *Bien quisiera, la respondió, condescender con vuestros deseos; pero ya veis que arriesgo los bienes, el empleo, la vida, todo lo arriesgo. Si me hago cristiano incurro la desgracia del emperador, y nunca me perdonará este delito. ¿Pues qué, señor! dijo ella, ¿vos temeis tanto á un principe mortal, y al mismo tiempo quereis que yo irrite la cólera del cielo por el mayor de todos los pecados?*

Conociendo el prefecto que ya se comenzaba á sospechar que

era cristiano, entró en una estraña cólera: y convertido el amor en furor, mandó despedazar el cuerpo de la Santa con azotes tan crueles de un modo tan horrible, que se fatigaron las fuerzas de seis verdugos, quedando cansados y rendidos. Despues la mandó suspender por los cabellos; y en seis horas que duró este suplicio, se la hinchó tanto el semblante, que quedó enteramente desfigurada, y desconocida. Durante estos tormentos no alentó mas que estas palabras: *Señor mio Jesucristo, Hijo unico de Dios vivo, venid á socorrerme.* Y ofreciéndola el juez, que la haria curar de sus heridas, si queria sacrificar á los dioses: *No tengo necesidad,* le respondió, *de semejantes remedios. Mi Salvador Jesucristo, en quien tengo colocada toda mi confianza, es bastante poderoso para hacerme triunfar de todos tus suplicios con vergonzosa confusion de los demonios, que son los principales autores de ellos.* Mas irritado el tirano, hizo destilar sobre todo su cuerpo estaño derretido, y que al mismo tiempo la abrasasen con hachas encendidas; pero viendo que todo era inútil, la mandó llevar á la cárcel.

Al entrar Juliana en un espantoso lóbrego calabozo, suplicó al Señor la diese fuerzas para tan duro combate: *No me abandoneis, Dios mio,* le decia, *en los tormentos que padezco por vuestra gloria: favorecedme, como favorecisteis á los tres niños en medio del horno, y á Daniel en el lago de los leones: en vos tengo puesta mi confianza, no seré confundida eternamente.*

Avergonzado el demonio al verse vencido por una doncellita de diez y ocho años, no perdonó medio alguno para hacerla caer en sus lazos. Apareciósele en figura de ángel; pero la misma gracia que la habia hecho triunfar de toda la malicia de los hombres, la sacó fácilmente victoriosa de todo el artificio de los demonios.

Mientras tanto, esperando el prefecto que los dolores y el tiempo podrian haber debilitado la constancia de nuestra Santa, mandó que la trajesen á su presencia: la aduló, la rogó, la amenazó, la instó para que á lo menos quisiera salvar aquel poco de vida que la restaba, sacrificando á los dioses. Pero hallándola cada instante mas firme, despues de haberla hecho padecer la tortura y el fuego, de que la libró Dios milagrosamente, la sentenció, por orden del emperador Maximiano, á que la cortasen la cabeza, juntamente con ciento y treinta soldados, que la misma Santa habia convertido. Sucedió el glorioso triunfo de santa Juliana el dia 16 de febrero por los años del Señor de 308.

Habiendo sido restituida la paz á la Iglesia por el grande

emperador Constantino, pasando por Nicomedia para Roma una piadosa señora llamada Sofronia, obtuvo el cuerpo de Sta. Juliana; pero habiéndose embarcado, la obligó una furiosa tempestad á saltar en tierra cerca de la ciudad de Puzoli, donde la virtuosa matrona edificó un suntuoso templo en honor de nuestra Santa, y colocó en él sus preciosas reliquias. Allí estuvieron hasta que los Lombardos destruyeron todo el país, con cuya ocasion fueron trasladadas primero á Cumes, y despues á Nápoles, donde al presente son veneradas con mucha devocion.

SAN HONESTO, PRESBITERO Y MÁRTIR.

EN la ciudad de Pamplona, capital del reino de Navarra, es y ha sido siempre célebre la memoria de S. Honesto, en atencion al honroso título de haber sido maestro de S. Fermin, uno de los mas dignos prelados que han florecido en las iglesias de España, y de Francia. No nos consta de la patria, ni padres de S. Honesto; pero sí de las funciones apostólicas que eternizan su mérito. Conducianse un dia los padres de S. Fermin, que tenian la desgracia de ser infieles, á ofrecer sacrificio al dios Júpiter segun los ritos paganos, y por una de aquellas sabias disposiciones de la divina Providencia vieron á Honesto, que estaba predicando al pueblo las verdades infalibles del Evangelio, y manifestándoles al mismo tiempo los crasos errores de la idolatría. Asombrado Firmo, padre de S. Fermin, de la generosa libertad con que declamaba aquel sacerdote de Jesucristo contra las necias, y ridiculas supersticiones del paganismo, siendo el primero en el orden, y dignidad del senado de Pamplona, le dijo: *Si son nuestros dioses como afirmas unas vanas estatuas revestidas de una cualidad quimérica: ¿dinos cuál es el Dios verdadero, á quien debemos dar culto? Éste es el Criador del cielo y de la tierra,* respondió Honesto; *que dió el ser á todas las criaturas: sin el cual no puede subsistir alguna de ellas: pues es Señor de la vida, y de la muerte. No así los dioses que adora vuestra profana religion, y ciega gentilidad, los que en realidad son demonios incapaces de tener divinidad.*

Quedó atónito Firmo al oír al misionero apostólico, y llevándole toda la atencion los ecos de una doctrina que arrebató aun á primera vista á todo el que se deje conducir sin preocupacion por lo que dicta la razon, siguió preguntando á Honesto: *¿De qué secta, ó religion eres tú para atreverte á proferir contra nuestros dioses semejantes desprecios? Yo soy,* le respondió el